

Las quiero a morir

Este elogio del goce y el gozo masivo de la música cuestiona si sabemos apreciar, sin remilgos ni beaterías digitales, los beneficios humanos que las nuevas tecnologías pueden estar haciendo realidad.

MIQUEL PORTA SERRA

De repente me alarma descubrir que llevo semanas escuchando pasmado una versión de Jarabe de Palo de una romántica canción (no diré cuál, pero en menos de 10 segundos muchos lectores lo verán: haciendo clic donde ellos saben). Y lo que es peor, Pau Donés la canta junto a Alejandro Sanz... Como no creo en la bioquímica del amor ni en la neurociencia de las emociones, en mi tablero de a bordo se encienden ciertas *leds* de horror. Porque, a mayor abundamiento, la canción la escucho también docenas de veces en una versión francesa, en una de Muchachito Bombo Infierno y hasta en una muy estimable de Shakira. ¡Diablos!

Sin embargo, otra luz interior, para nada halógena, me dice que no estoy solo: miles de ciudadanos sabios escuchan música en sus personales, muy transferibles listas. No citaré sitios, *streaming apps*, ni otros artefactos digitales. En unas listas encuentras mucho Handel, Telemann, Vivaldi y Monteverdi, y en otras Dylan, Sabina, Waits y Calamaro; unas engarzan a David Guetta con Stravinsky, Mahler,

Monk y B. B. King, y otras prefieren a Chrissie Hynde, Adriana Calcanhotto, Amy Winehouse o Amy Macdonald. Irreverentes –con una irreverencia espontánea, natural, respetuosa, creativa y en verdad culta–, muchas listas mezclan a muchos. Así, en las más recientes conviven estupendamente los susodichos con Bach (por Jordi Savall, Yo-Yo Ma y algunos otros), Schubert, Chopin y Scarlatti; Bill Evans, Chet Baker, Mompou, Paul Bley, Chano Domínguez, Perico Sambeat y Martí Serra; Silvia Pérez Cruz, Silvia Comes y Lidia Pujol, Sarah Vaughan y Anita O’Day; Els Amics de les Arts, Manel, Morente, Toti Soler y Miguel Poveda; Julos Beau-carne, Dalla, Jobim, Moustaki y Ovidi Montllor. Sé que no esperas que me avergüence de mis sesgos. Somos millones y en muchos casos, pagando. No lo cuento –ni lo compartimos– por exhibicionismo; más bien me da apuro mi ignorancia (¿por qué no hay ópera, blues, más rock o country, flamenco, mambo o cumbia, Beethoven o Mozart, Strauss o Britten, Bartók, Billie Holiday, Ali Farka Touré o Armando Manzanero...? ¡Uf!, que San Alex Ross me perdone). A menudo, las listas se comparten: ¿no es ya algo modestamente valioso? El hecho de compartir cultura, quiero decir, y los novedosos modos de hacerlo. Pero además resulta que, para la mayoría de nosotros, una excelente manera de disminuir nuestra ignorancia es reconocerla y perderle el miedo en compañía. Y miedo es lo que siempre han infundido los guardianes de la ignorancia, que no los del saber. Igual con las “viejas nuevas tecnologías” se está perdiendo mucho miedo... ¿Todo el miedo? Por supuesto que no. El caso es que millones de personas estamos en esto: en disfrutar, a secas, estas formas de cultura, solos y en compañía, en disfrutar aprendiendo a saber qué te gusta, a que te guste lo que nunca pensaste que te gustaría, porque eras un ignorante y porque tenías miedo. Por no decir que gracias a artistas como Paco Ibáñez, Aman-cio Prada o Raimon –sí, con sus voces tan criticables– sabemos mucha de la poca poesía que sabemos.

¿Merece este íntimo fenómeno planetario la preciosa tinta, el escaso papel y la impoluta tipografía de una publicación res-

petable? Hablamos de algo que creo dejaría atónito y feliz al bueno de Juan Sebastián Bach, si pudiese azuzar el oído, y a María Callas, y casi seguro que también a Jimi Hendrix. Y, por qué no, felices a Montaigne, Chéjov, Leonardo da Vinci o Alejandro Magno..., por no invocar a otros clásicos más proferidos: es fácil imaginarlos risueños y abstraídos con su cacharrillo y auriculares. Estamos hablando de que millones de personas oyen –y sí, lo siento, *escuchan*– música por doquier, a su antojo, y gozan con ella, y la aprecian y aprenden, en un fenómeno jamás visto a tamaña escala en la historia de la humanidad, ¿y ello no merece análisis, reflexión y una valoración crítica inmensamente (no unánimemente) positiva? No solo algunos intelectuales, sino también muchos otros ciudadanos miran de soslayo y con desdén lo que ocurre y, cuando entienden algo, agriamente lapidan a usuarios y emisarios: “Bah, es trivial, es pobre... En mis tiempos...”. Ah, qué tristeza... Claro que alguna vez, distraídos en la escucha, tropezamos con una bondadosa viejecita, permanecemos en modo autista o se nos pasa la parada. Pues vaya, no me diga..., si eso también les ocurría a Platón, a Kant y a Schopenhauer. Supongo.

Porque uno puede escoger versiones de las variaciones Goldberg (¿quién, además de Gould?) o de *It never entered my mind* (emocionante tanto por Miles como por Chet Baker), de *Dance me to the end of love* (mejor Madelaine Peyroux o Jorge Drexler que Leonard Cohen) o de *Aleluya* (sin duda, la de Rufus Wainwright) y, por supuesto, de una maravillosa cantidad y variedad de piezas clásicas y populares. Escoger, cotejar, ponderar, ¿les suena? ¿O es que solo pueden hacer esas cosas los mandarines de la literatura comparada? Uno puede encadenar la *Canción de amor N°2*, *She's always a woman to me*, *Just like a woman*, *Devolve-me*, *Suzanne*, *Every time we say goodbye* y *La meva amiga com un vaixell blanc*. Ensartar poemas musicados de Machado, Neruda, Góngora, Quevedo, García Lorca, Salvat-Papasseit, Lou Reed y decenas más. ¡O simplemente bailar una canción tras otra! Y no hablemos de

quienes tocan un instrumento. O de vídeos y películas. También la veo sonreír a ella para sí mientras en su tableta escucha y lee la partitura de *Così fan tutte*. ¿Sabes de qué va el libreto? Pues míralo y ganarás otra lectura de este artículo.

ESTRATOS, CONEXIONES, LECTURAS Y VIVENCIAS

Pero hay más. Como sabemos hacer –bien– varias cosas a la vez, mientras una tarde escuchas de nuevo *Killing me softly with his song* puedes leer su letra. ¡Hoy es tan fácil y fascinante! ¡De cuántas canciones familiares no sabemos bien la letra...! Y en cambio ahora ves cómo desaparece la niebla y tras ella sorprendentes significados, cristalinos. No banalicen este proceso, por favor, ni lo desorbiten. Además, mientras en tu habitación reina espléndida Roberta Flack, igual consultas la historia de la canción en la Wikipedia (consejo que le dio Marvin Gaye a ella: “Baby, don’t ever do that song again live until you record it” (“niña, no vuelvas a cantar esa canción en directo hasta que la hayas grabado”), de la locura que cundió en el público). Y entonces caes en la cuenta de algo sencillo, simbólico e instructivo: de una canción escuchada y bailada tantísimas veces en todo el planeta, tú, que sueñas en inglés –y por supuesto te has carteadado y *maileado* en inglés, y tomado cervezas y, con suerte, amado en inglés–, tú, listillo, no sabes el significado siquiera de la primera palabra: “Strumming my pain with his fingers...”, “¿strumming?”. Fíjate tú: de una canción escuchada millones de veces durante 40 años por millones de personas, apenas un puñado conoce qué significa la primera palabra, que es clave y se repite seis veces. ¿Una señal más de la incultura que asola al mundo? Ah, ¿es que el mundo *antes* era una Arcadia y ahora un corral de imbéciles? Ajeno a púlpitos y gerifaltes, con la modestia, curiosidad e intuición naturales al hombre, en escasos segundos las yemas de tus dedos te traerán un par de traducciones razonables. “Strumming”: “rasgando, arañando...”. Y al paliar tranquilamente tu ignorancia no dejarás de estar asombrado un ápice por cómo un poema puede parecerte –ser: en su esencia– tan sugerente o sensual o erótico

(tú decides) sin alusión sexual alguna. Es una atávica experiencia humana, estoy seguro de que algún clásico ya lo dijo; los niveles, lecturas y vivencias de un texto. Hoy son una experiencia personal y social real para millones de personas; una experiencia que –modestamente, como debe ser– nos hace sentir conciudadanos de la misma antigua aldea global. Y muy felices, compartiendo cultura de insólitas maneras. ¿Sin alusión sexual alguna? “Arañando mi dolor con sus dedos..., enfebrecida, recé para que él terminase, pero no paraba...”. Al fin, en esa mezcla de experiencias (profunda, llanamente racionales y emocionales a la vez, vitales, cultas, antiguas como el hombre mismo), con la voz de Flack a tu boca regresará aquel olor a piel, a lavanda, o a esperma. Aunque en tales detalles procaces no entra el maravilloso “Pensar rápido, pensar despacio” de Daniel Kahneman, todo el libro es un elogio del gozo que esas mezclas suponen en la peripecia de la vida. “Falacias cognitivas” incluidas. Busca: Kahneman, Daniel, psicólogo, premio Nobel de Economía.

SENTIDO, COHERENCIA Y PLENITUD

Entérense: con estos chismes electrónicos la gente no solo vivimos múltiples experiencias genuinamente humanas, también accedemos a humildes, espléndidas fuentes de conocimiento verdadero. ¿O no era la poesía una forma de conocimiento? Ah, claro, hay que decírselo: contiene más poesía *No surrender* (Springsteen), *A case of you* (Joni Mitchell), *Las caritas desnudas* (Javier Limón y La Susi), *Como una ola* (Rocío Jurado) (bueno, no sé si aquí exagero), *Es fa llarg esperar* (por Maria del Mar Bonet, gracias a Pau Riba), *Set fire to the rain* (¿Adele en 21 o el remix de los Moto Blanco?), *Il n’y a pas d’amour hereux* (siempre Brassens, pero qué bien Françoise Hardy, y ahora Mishima), *New York state of mind* (Joel), *My way* (Sinatra), *Empty chairs* (McLean), *Benvolgut* (Manel) y tantas otras que muchos bodrios de galardonados poetas provinciales. Sí, entérense: estas canciones dan sentido a nuestras vidas y coherencia al mundo (otra vez

Kahneman y, por supuesto, los muchos clásicos-que-no-hemos-leído). Estas obras de arte nos son preciosas, no podríamos vivir sin ellas. Una vida plena, civilizada, compartida, reflexiva, moral. Y alegre. Piense en Antonio Muñoz Molina, Marcos Ordóñez, Manuel Cruz, Javier Gomá Luzón, Luis Suñén o su autor preferido, creo que estarán de acuerdo, en parte. ¿Qué más esperan de la Cultura, el Saber y el Arte? ¿O es que es obligatorio que nos levantemos recitando al Arcipreste de Hita?

Sería un error preguntarse por qué se habla tanto y se escribe tan poco del goce y el gozo masivo de escuchar música y, más en general, de la alegría de vivir: la pregunta estaría *enmarcada* (aprisionada) en lo que con excesiva frecuencia vemos, y apenas leemos, en las páginas de opinión de los periódicos. ¡La vida está en otra parte! Sería un error y un acierto pensar que en todo esto no hay nada nuevo: desde luego que *antes* la gente ya cantaba, bailaba, silbaba y piropeaba, por supuesto que ya grabábamos *listas* en casetes... Lo nuevo, creo, es la escala, la profundidad y la riqueza de facetas de este fenómeno social, artístico, educativo y político global. Lo nuevo son las fascinantes interconexiones que hacemos entre fuentes de calidad, la simple facilidad de acceso a la Cultura y el Arte, el distinto (y sí, claro, en parte también ancestral) esfuerzo y placer que ello conlleva... ¿Y por qué no pensamos más en qué más hay de nuevo y viejo en todo ello? Pues por propiciar el debate que no quede: parte de lo nuevo son las fascinantes interconexiones entre *fuentes de calidad*.

Claro que el proceso presenta problemas: sólo ciertas amplias minorías estamos en ello, se paga más al distribuidor que al creador, se escuchan miles de canciones de estremecedora fealdad, algunos gustos se uniformizan (aunque, por otra parte, se accede a muy diversas versiones y se recuperan rarezas y joyas), etcétera. Mas, ¿desde cuándo algo socialmente relevante no ha tenido problemas? ¿Qué mito es ese, qué vida y mentalidad tiene quien todo lo ancla (busca: Kahneman, *anchoring*, *priming*, *framing*) en una pobre, falsa y deshonesta sublimación del pasado? Censuran a los adolescentes (qué fácil, cómo cuela), se creen

incólumes al fustigar los innegables abusos de lo digital..., pero todos los jóvenes de corazón notan el resquemor por los sueños incumplidos. Ah, qué tema tan clásico. Una vez leí que hasta el gran Goethe en su ocaso supo algo de ello, bobo enamorado. Pero con los ojos cerrados hoy a mí me basta con ver pasar, sin verme, a la *Garota de Ipanema* (pongamos que de la mano de Najwa Nimri). ¿Te acuerdas de la letra? ¿Y de *Pasa la vida?* (Pata Negra). Sí, es otro estrato de este artículo. En él escucho otra hipótesis clásica sobre la muy humana dificultad de vivir, disfrutar y apreciar el arte. Aunque a veces en vez de acritud sale una *Elegía de Marienbad*.

EL GOCE Y EL GOZO, APRECIAR LO QUE SE HACE BIEN, Y HACE BIEN

Pues aquí también se queda corta la piadosa metáfora del intelectual *melancólico*: cualquiera que haya disfrutado reflexionando con el espléndido panfleto de Jordi Gracia se da cuenta. Porque lo que ese ensayo también denuncia cabalmente es al autor –o, simplemente, ciudadano– *mal servido*; si la expresión te parece soez te pido disculpas, pero solo hay otra más económica. Evidentemente, mi metáfora también es insuficiente y parcialmente injusta. Entre otras razones, por el prestigio que la queja tiene en las sobremesas, o por nuestra tendencia a compartimentar (Kahneman otra vez), así en la vida como en los periódicos: lo cejudo por aquí, los placeres por allá, lo verbal por ahí, las conductas y la realidad allende. Y porque a todos nos cuesta un mundo apreciar sin remilgos ni beaterías digitales los inconmensurables beneficios humanos que las nuevas tecnologías han hecho realidad (una vez más: imperfecta, lógicamente). Por ende, parece que en el fango de la crisis –anonadados por la amoralidad e impunidad de los financieros tóxicos, el desempleo estructural, los Ferraris de la *nomenklatura* china, la devastación del clima y la salud pública– sea también inmoral valorar algo positivamente, críticamente. Cuando más vital es, hoy, apreciar lo que se hace bien y hace bien. Y si contra todo

pronóstico se estuviesen haciendo realidad un par de conquistas sociales, “sueños humanistas” o “utopías asequibles”, ¿quiénes las reconocerían, qué corpus teórico las cultivaría?

Finalmente, si alguien cree que con tanta lírica omito que el mundo es un lugar cruel y el hombre un lobo para el hombre le diré que jamás olvidaré la foto del estudiante encapuchado, crucificado por los torturadores de Uruguay (también recuerdo a Daniel Viglietti, a Quilapayún, a Víctor Jara..., quienes con sus canciones forjaron tantas conciencias: pura Cultura). Pero si un día antes de morir lo olvido, tengo la certeza de que todavía me acordaré de la chica embarazada torturada en Argentina con una picana en su vagina sacudiendo al feto. Y si un día la olvido –ojalá pudiese– entonces recordaré mis visitas a Maydanek o Mathausen, o lo que leído sobre Lavrenti Beria, Pol Pot o Ruanda. También me acordaré de las dos amigas de mi amigo Baruj, turinés, las cuales, contra toda lógica, cierta lógica, en el campo de concentración algunos días buscaban algo con que peinar sus harapientos cabellos. Mujeres en verdad sabias y bien amadas, quiero imaginarlas silbando en silencio canciones de los campesinos del Piamonte, arrojadas por ellas en el infernal frío de Auschwitz. En verdad ignoro si es humanamente posible poner música a esa experiencia, hacer de ella canciones. Supongo que sí. Entonces, si lo es –hoy lo sé– las encontraré. Y cuando en su melodía yo me conmueva, ellas vivirán conmigo.



MIQUEL PORTA SERRA ES MÉDICO, INVESTIGADOR DEL INSTITUTO HOSPITAL DEL MAR DE INVESTIGACIONES MÉDICAS (IMIM) Y CATEDRÁTICO DE SALUD PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA.